

El Síndrome

Chiqui Carabante

“El Síndrome” es uno de los dos textos elaborados durante la Residencia Artística que realicé gracias a la Ayuda a Procesos de Creación Dramatúrgica que concede Iberescena.

Esta residencia la llevé a cabo en el Teatro Galpón de Montevideo durante el 2017.

Es el elenco de este teatro el que primero le dio voz a “El Síndrome”.

El Síndrome

Personajes

Julio

Banquero

César Morpurgo

Ejecutivo de Bayer

Ana

Doctor 1

Fabián

Doctora 2

Policía

Eva

Tendera

Alejandro

Clara

Carlos

Presentadora

Juez

Miguel

Fiscal

Alumno

Alumna

Alumna 2

Catalina

Francisco

Susana

Javier

Rafa

Armando

Funcionaria

Suicida

Monitora

Locutora

Manifestante 1

Manifestante 2

Manifestante 3

Primer Acto

0

República Oriental del Uruguay, año 2075.

Lo que más tarde será denominado como el Síndrome está asolando la nación.

Julio Maeztu, el Presidente de la República, desde el Palacio Legislativo, habla para las pantallas que pueblan todos los rincones del país.

Su discurso resuena en decenas de monitores colgados por la Avenida Dieciocho de Julio de Montevideo, en los móviles de los ciudadanos, en las tablets....

La luz blanquecina de las pantallas brilla en medio de un ambiente grisáceo en el que pocos rayos de sol atraviesan la espesa capa de nubes y polución que hace tiempo se instalaron sobre la capital de Uruguay.

Presidente: Queridos conciudadanos, la realidad nos ha sobrepasado. Tristemente he de decirles, que este año ha vuelto a aumentar el índice de suicidios en la nación.

Si el año pasado se suicidaba un uruguayo cada doce horas, este año se suicida uno cada seis horas. Si continuamos por este camino, el año que viene lo hará uno cada tres horas.

Ante esta lluvia trágica vuestros representantes elegidos de forma democrática, conmigo a su cabeza, hemos decidido tomar medidas drásticas en el asunto.

A partir de hoy atentar contra la propia vida será un delito en la República Oriental del Uruguay.

Uruguayos y uruguayas, el suicidio libre queda terminantemente prohibido.

En caso de que alguien tenga la intención de matarse, deberá acogerse al Plan de Ayuda al Suicida que el Gobierno acaba de crear.

Pero cualquiera que trate de suicidarse sin acogerse a este plan será tratado como un criminal y recibirá su justo castigo.

1

En el apartamento ciento uno del catorce noventa y cuatro de la calle Eduardo Acevedo, dos voluntarios de la Fundación Cazabajones esperan a que suenen los teléfonos para atender la llamada de cualquier necesitado.

Uno es César Morpurgo, en los cuarenta y profesor de Literatura en el Liceo Treinta y Tres. La otra es Ana, una estudiante de medicina de veintitrés años.

Silencio.

Ana: Ya nadie llama.

Silencio.

Ana: ¿Por qué crees que es?

César: La gente debe pensar que el gobierno nos ha intervenido el teléfono. Imagínate llamas a Cazabajones porque estás desesperado, tanto que te quieres matar, y te detienen. Después, te medican y ala, a trabajar a la Interbalnearia.

Ana: Yo no creo que sea por eso.

César: ¿Entonces por qué crees que es?

Ana: Creo que ya no lográbamos ayudar a nadie. Ni siquiera yo no me creía lo que les decía.

César: ¿Y qué más da eso? Se trata de hablar con alguien.

Ana: ¿Cuántos se mataron de las últimas llamadas que atendiste?

César: Las últimas llamadas fueron hace cuatro meses.

Ana: ¿Cuántos?

César: Todos. Incluso escuché el tiro que uno de ellos se pegó.

Ana: Ya no tenemos sentido.

Ana se levanta, coge una gabardina de un perchero y comienza a ponérsela.

César: Sí, dan ganas de....

Ana: ¿De qué?

César: ¿Vendrás mañana?

Ana: No.

César se levanta, agarra la chaqueta que reposaba en el respaldo de la silla y se la coloca.

César: Yo tampoco.

César y Ana se marchan. La sala queda vacía.

Silencio.

Uno de los teléfonos comienza a sonar.

2

Azotea de la Torre Ejecutiva. Fabián, un hombre de unos cincuenta con traje de chaqueta y corbata, mantiene su teléfono móvil al oído esperando que alguien le responda al otro lado. Fabián al no obtener respuesta, cuelga. Después, se pasea por el filo de la cornisa. Parece desesperado.

De repente el sonido de un helicóptero. El viento que producen las hélices mueve la ropa y los cabellos de Fabián.

Dos haces de luz policiales lo iluminan. La voz de un Policía suena por un megáfono.

Voz Policía: ¡Quédese quieto! ¡Queda usted detenido por la ley ciento veinticinco barra cuarenta y tres!

Fabián: ¡Esa ley la redacté yo!

Voz Policía: ¡¿Cómo?!

Fabián: ¡¡Que esa ley la redacté yo!!

Voz Policía: ¡Eso no le exime de cumplirla! ¡Señor Ministro de Sanidad por favor retírese de la cornisa!

Fabián: ¡Déjeme en paz!

Voz Policía: ¡Señor Ministro de Sanidad en caso de que trate usted de tirarse al vacío nuestro francotirador impedirá que cometa usted suicidio!

Fabián: ¡Sé lo que me va a pasar! ¡Y me da igual!

Fabián se acerca más al borde de la cornisa.

Voz Policía: ¡Señor Ministro de Sanidad quédese quieto, nuestro tirador tiene el dedo sobre el gatillo!

Julio, el Presidente de la República, entra en la azotea.

Julio: Fabián, ¿qué haces?

Fabián: ¿Tú qué crees?

Voz Policía: ¡Señor Presidente la situación está bajo control ¡El delincuente está en el objetivo del tirador!

Julio: ¡Por favor, un poco de respeto! ¡Es el Ministro de Sanidad! (A Fabián) Anda, vamos Fabián. Todo el consejo de ministros está esperándote abajo.

Fabián: No Julio. Se acabó. Si bajo será por este camino.

Julio: No digas pavadas.

Fabián: No puedo seguir, Julio. No puedo.

Fabián se sienta en el borde de la cornisa.

Fabián: Lo que hemos hecho no sirve de nada. Hemos empeorado la situación.

Julio se acerca con cuidado y se sienta junto a Fabián, en el borde de la cornisa.

Julio: Sólo estás cansado. Tómate unos días.

Fabián: Ya lo he hecho. Me fui a la playa. No me cambió el ánimo, me empeoró. Quiero tomarme algo más que unos días.

Julio: Fabián, los índices de suicidio han bajado.

Fabián: Sí Julio, pero lo que le estamos haciendo a esa gente es un crimen.

Julio: ¿De qué hablas? Estamos salvando vidas.

Fabián: ¿Vidas? Lo que llevan ahora no son vidas Julio ¿Has ido a ver la remodelación de la Interbalnearia? Parecen muertos que andan y sonríen. Los hemos convertido en zombies y no hemos encontrado la razón por la que querían matarse. La razón sigue ahí por debajo. En alguna parte.

Presidente: Pero no están muertos Fabián.

Fabián: Sí, si lo están. Y esos muertos que andan los hemos producido tú, yo y Bayer.

Julio: Tú, yo y Bayer estamos haciendo que la sociedad funcione. Joder, Fabián, no tires por tierra todo lo que hemos logrado. Hablar mal de lo que estamos haciendo es hablar mal de nosotros. Y mi pensamiento y mi corazón están siempre puestos en la patria. Eso es lo que me quita el sueño día y noche. El bien de la patria. Así que por favor, trata de ver el lado bueno de las cosas. Bayer te ha tratado bien ¿no? Pues quédate con eso.

Fabián: Ni lo menciones. Me repugna. No soporto lo que he hecho.

Julio: Vaya, ahora te has vuelto escrupuloso ¿No soportas la casa que te has construido en la playa?

Fabián: Una casa en la playa no puede acallar mi conciencia. Ocurre lo contrario. Cada vez que la miro me recuerda lo que estamos haciendo.

Julio: Pues quémala.

Fabián: Ya lo he hecho.

Julio: ¿Cómo?

Fabián: Sí, ya no hay casa.

Julio: ¿Y tu familia?

Fabián: ¿Y qué te piensas que soy un loco? (*Burlándose*) ¡Estoy demente! ¡Voy a quemar a mi familia! (*Se recompone*) Soy un corrupto, no un tarado. Mi familia estaba aquí en Montevideo.

Julio: Bueno, ya has quemado la casa ¿No te parece suficiente?

Fabián: No. Es una mierda esto de las manchas en la conciencia. No se pueden lavar. Es como cuando te manchas de café. Por mucho que frotes y frotes, siempre queda el rastro de que hubo una mancha.

Julio: Eso no es verdad. Mi madre sacaba las manchas de café.

Fabián: ¡Era una metáfora! ¡Piensa en cualquier otra cosa que manche y no se pueda sacar!

Julio: La mostaza.

Fabián: ¿La mostaza?

Julio: Sí, la mostaza creo que no sale por mucho que frotes.

Fabián: Pues tengo la conciencia llena de manchas de mostaza.

Julio: Pero eso nos pasa a todos. Por lo visto, de eso trata madurar. De aguantar las manchas de mostaza.

Fabián: No sé si madurar trata de eso.

Julio: ¿Entonces de qué va madurar?

Fabián: No sé.

Se oye la voz de una tendera que habla desde la calle.

Tendera: ¡Perdona! ¡¿Si te vas a tirar podrías hacerlo del otro lado del edificio?! ¡Ya van tres suicidas esta semana y tengo el toldo hecho trizas!

Fabián: ¡Tres esta semana! Julio, nos está pasando algo y no sabemos lo que es.

Julio: Fabián, este país se quedará sin población si no seguimos con nuestro plan. Estamos salvando Uruguay.

Tendera: ¡¿Hola?! ¡¿Me escuchan?! ¡

Julio: ¡Sí señora! ¡Pero estamos hablando de cosas importantes!

Tendera: ¡Mi toldo también es importante!

Presidente: ¡Señora, soy el Presidente de la República!

Tendera: ¡Ya! ¡Pero yo no le voté!

Fabián: Julio, tenemos que encontrar la razón de por qué la gente lo hace.

Julio: Te prometo que vamos a incluir un cuestionario para que todos los que se acojan al Plan, lo contesten ¿Te parece?

Fabián: Tenemos que ir a la raíz del problema. .

Julio: Y con ese cuestionario iremos sacando la razón de por qué la gente lo hace.

Fabián: Nadie intentó preguntarles. Los medicamos sin hablar con ellos.

Julio: ¡El pueblo se estaba suicidando en masa! ¿Qué querías? ¿Qué nos paráramos a preguntar a cada uno de los suicidas por qué quería hacerlo?

Fabián: Sí. A lo mejor sólo necesitaban eso.

Julio: ¿Por qué lo quieres hacer tú?

Fabián: Por las manchas de mostaza.

Julio: ¿Y los demás?

Fabián: No lo sé. Pero debe haber un denominador común. Seguro que debajo de mis manchas de mostaza hay algo que no logro ver. Pero que me ha empujado a esta azotea. Deberías averiguarlo. Yo ya no tengo fuerzas para darle más vueltas. Ya no tengo fuerzas.

Fabián se deja caer.

Julio: ¡Fabián!

Se vuelven a encender los haces de luz. Suena un disparo. Julio mira la caída con cara de horror.

Voz Policía: ¡Presidente, el Ministro de Sanidad ha sido abatido antes de tocar el suelo! ¡No ha sido un suicidio!

Julio levanta el dedo pulgar hacia el helicóptero sin dejar de mirar hacia la calle.

Tendera: ¡El toldo! ¡Rompió el toldo! ¡Hijo de puta! ¡Mira que se lo dije!

3

Dormitorio del Presidente de la República en el Palacio Estévez, está oscuro. Se enciende una lamparita. Julio sale de debajo de las sábanas y se sienta al borde de la cama. Clara, en los cincuenta, se incorpora apoyando la espalda sobre el cabecero de ésta.

Clara: ¿Qué te pasa?

Julio: No logro quitarme la cara de Fabián de la cabeza.

Clara: Pobre, ¿en qué estaría pensando para hacer eso?

Julio: Fue horrible... Las hélices del helicóptero, su cabeza reventada por el disparo, su cuerpo atravesando el toldo y chocando contra el suelo... No puedo sacarme todo ese ruido de encima. En cuanto apago la luz lo vuelvo a escuchar.

Clara: ¿Por qué le dispararon? Una caída desde esa altura es mortal.

Julio: Lo hacemos con todo al que pillamos a punto de matarse. Así no consta como suicidio. Para que no vuelvan a subir los índices.

Clara: ¿Sabes que quemó la casa de la playa?

Julio: Sí.

Clara: ¿Por qué lo haría? Digo, una cosa es que te mates pero otra muy diferente es dejar a tu familia sin la casa de Punta del Este.

Julio: No se sentiría bien...

Clara: ¿Con qué? Tenía una familia hermosa y una carrera brillante. Era Ministro.

Julio: No lo sé... Esto es como un virus... Creo que todo el mundo debería medicarse.

Clara: ¿Todo el mundo?

Julio: Sí.

Clara: Yo no quiero medicarme.

Julio: Nosotros no. Estoy hablando del resto.

Clara: Ni tampoco quiero que se mediquen nuestros amigos.

Julio: ¿Entonces quién se va a medicar?

Clara: El que lo necesite.

Julio: Es que parece que lo está necesitando todo el mundo ¡Se ha matado el Ministro de Sanidad por Dios!

Clara: ¡Yo no lo estoy necesitando!

Julio: ¡Estamos convirtiendo en una discusión de pareja lo que es un tema de Estado!

Clara: ¡No es una discusión de pareja! ¡Te estoy hablando como primera dama!

Julio: ¡Pues piénsalo! ¡Si nos quedamos sin gente a la que gobernar no seremos nada! ¡Ni primera dama, ni presidente, ni nada!

Silencio. Clara se calma. Se incorpora. Mira de forma tierna a Julio.

Clara: Julio, entiendo que la muerte de Fabián te ha afectado. Era tu amigo. Y comprendo que quieras que los trabajadores se mediquen. No podemos quedarnos sin trabajadores. Pero nosotros... Nosotros tenemos que ser su faro en la noche. Tenemos que guiarlos a través de la oscuridad. Si no, ¿qué será de ellos? Sé como te sientes, pero tienes que comportarte como lo que eres.

Julio: ¿Y qué soy?

Clara: El Padre de la Patria. Aconseja como un buen padre. Pero a los que necesitan consejo, que son los hijos más débiles.

Julio: ¿Y si no me hacen caso?

Clara: Pues tendrás que obligarles.

4

En las grandes pantallas de la Avenida Dieciocho de Julio aparece una Presentadora que habla a cámara desde su mostrador.

Locutora: Tras la trágica muerte de Don Fabián Márquez de Loyola, el recién fallecido Ministro de Sanidad, nuestro Presidente ha centrado parte de su comparecencia en un requerimiento a la población.

Por corte aparece el Presidente en la pantalla.

Presidente: Debido al desgraciado acontecimiento que ha sufrido el Gobierno de nuestra Democracia recientemente, nos vemos obligados a aconsejar a la población que, de manera preventiva, tome los antidepresivos que de forma gratuita les vamos a suministrar desde la administración. Desde luego, no es obligatorio, pero sí muy aconsejable.

Por corte vuelve a aparecer la Presentadora en pantalla.

Presentadora: El líder opositor ha reaccionado inmediatamente ante las palabras del Presidente, mostrando su desacuerdo a esta propuesta.

Por corte aparece el líder opositor, Miguel Olaza en una entrevista. Es un hombre en los cincuenta embutido en su traje de chaqueta.

Miguel: Entendemos que el Presidente se ha visto afectado personalmente por un problema que aqueja a la Nación. Y entendemos su preocupación por un asunto que nos tiene en vilo a todos. Pero creemos que no se puede aconsejar prevención a la población como si estuviéramos hablando de un resfriado. Esto no es como tomar una aspirina porque a uno le duele la cabeza. Ya convertimos en delito el suicidio ¿hasta dónde cree el presidente que vamos a llegar?

5

En un aula del Liceo Treinta y tres, César Morpurgo, el voluntario que vimos en Cazabajones, está delante de sus alumnos con un ejemplar de Hamlet abierto entre sus manos. César lee en voz alta un extracto del libro.

César: *¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la Muerte? Esta previsión nos hace a todos cobardes, así la natural tintura del valor se debilita, las empresas de mayor importancia por esta sola consideración no se ejecutan y se reducen a designios vanos.*

César cierra el libro.

César: No aguanto más. No puedo seguir con esta clase. Huyan de este país. Yo ya viajé bastante y me gusta vivir aquí. Pero la situación se ha vuelto insoportable. El gobierno recomienda que todo el mundo tome antidepresivos para aguantar lo inaguantable. Están intentando crear una barrera química para que soportemos el dolor de nuestra alma. Y esa barrera se convertirá en una cárcel de la que ninguno podremos salir. En este país ya nadie escucha

a nadie. Nadie quiere saber lo que le pasa al otro. Si le cuentas a alguien que tienes un problema te regala un libro de autoayuda. Autoayuda, ¿habrá mayor soledad? Así que me marchó. Me marchó cometiendo suicidio. Como forma de viaje y como acto de protesta. Y lo haré este mismo sábado a mi manera. Porque es una decisión íntima y personal que no tiene nada que ver con la burocracia, ni con ese ridículo Plan de Ayuda al Suicida. Una decisión que tampoco podrá cambiar la ingesta de unos antidepresivos.

Me suicidaré el sábado a las doce del mediodía con una camisa hawaiana ¿Por qué el sábado? ¿Por qué a las doce? ¿Y por qué con una camisa hawaiana? Porque el sábado es mi cumpleaños, las doce del mediodía es la hora más luminosa y mi camisa hawaiana la más alegre que tengo. Así pareceré lo que seré, un cadáver de un tipo de cuarenta libre y alegre.

Pero antes de marcharme me gustaría lanzarles una pregunta, ¿a quién beneficia mantenernos vivos en nuestra tristeza? ¿Por qué el estado se esfuerza tanto en que sigamos aquí y le importa tan poco nuestro bienestar? Y no olviden que un profesor tiene valor por las preguntas que les hace plantearse, no por las respuestas que les suministra. Muchas gracias, esta ha sido mi última clase. Adiós. Traten de ser personas libres.

César se marcha. Los alumnos guardan silencio durante un instante.

Alumno: ¡Qué fuerte no!

Alumna: ¿Crees que lo ha dicho en serio?

Alumno: ¿El qué?

Alumna: Lo de matarse.

Alumno: Súper en serio, ¿no viste que estaba a punto de llorar?

El Alumno le muestra a la Alumna su celular.

Alumno: Mira; #HuyeDeEstePaisSuicídate. Lo he puesto en tweeter mientras el profe hablaba.

Alumna: Me encanta. Te retwitteo.

Alumna 2: Yo también te retweeteo. Yo he colgado el evento en Facebook: el sábado suicidio de profesor del Liceo Treinta y Tres, César Morpurgo. No sé que ubicación poner.

Alumna: Pon esta misma.

Alumno: Ay, yo el sábado no puedo.

Alumna 2: Okey.

Alumno: ¿Tomamos algo?

Alumna 2: Vale.

6

En una casa del Barrio de Palermo, Catalina y Francisco, en los setenta, están sentados en un sofá. En unos sillones, frente a ellos, Javier y Susana, sus hijos.

Javier. Con sus treinta y tres años, es el menor de los hermanos. Susana ya pasó los treinta y cinco.

Entra César.

Cesar: Buenas noches...

César se extraña de encontrar a sus padres y a sus hermanos mirándolo de forma tan solemne.

César: ¿Pasa algo?

Catalina: ¿Qué va a pasar? Siéntate.

César: Voy a comer algo a la cocina primero. Vengo muerto de hambre.

Francisco: Siéntate César.

César: Pasa algo.

Catalina: ¿Qué va a pasar?

Silencio.

César: ¿Y si voy a por la empanada y después me siento?

Francisco: No, primero te sientas.

César se sienta.

César: ¿Pasa algo?

Francisco: ¿Qué va a pasar?

Silencio.

Catalina: César, ¿tú qué planes tienes para el futuro?

César: ¿Y esa pregunta?

Susana: Pues una pregunta normal que te hace mamá.

César: Susana, eso no es una pregunta normal. Uno no llega a su casa, le impiden entrar a la cocina a comerse una empanada, lo obligan a sentarse y después le preguntan que planes tiene para el futuro ¿Podéis decirme qué pasa?

Francisco: Ey, aquí nadie te ha obligado a nada.

César: Papá, me he sentido obligado a sentarme.

Francisco: Por algo será.

César: ¿Pero de qué estamos hablando?

Susana: De tu futuro.

Catalina: ¿Tú que planes tienes para el mes que viene?

César: Y dale, pues yo qué sé. Ninguno en concreto.

Francisco: Concreta.

César: Pero porqué tengo que concretar si no tengo ningún plan en concreto.

Francisco: ¡Porque la vida es concretar y tú siempre estás divagando!

César: ¡Por Dios! ¿Pero de qué estamos hablando?!

Catalina: ¿Y qué planes tienes para el sábado?

César mira a Javier.

César: Se lo has contado. Rata de alcantarilla.

Javier: ¡César, no ha hecho falta! Hay un evento en Facebook con tu suicidio. Y twitter está que arde con #HuyeDeEstePaisSuicídate. Lo sabe todo el mundo. No sabes la que se está armando en las redes.

Catalina: ¿A ti te parece bien ocultarnos eso?

César: ¡Por Dios! ¿Pero de todo os tengo que dar cuenta? ¿No puede hacer uno nada tranquilo? Sí, el sábado me suicido ¿Alguien recordaba que el sábado es mi cumpleaños?

Francisco: Vas a cumplir cuarenta y uno ¿Qué quieres? ¿Qué te aplaudamos cada vez que envejeces un año más?

César: No papá, tranquilo. No hace falta. Por eso ya me he organizado yo lo que me apetece para mi cumpleaños. Suicidarme. Lo haré el sábado, día de mi cumpleaños, a las doce, con mi camisa hawaiana. Ya lo sabéis todo. ¿Puedo cenar ya?

Francisco: Esa camisa es terrible.

César: ¡Pues a mí me gusta!

César se pone la camisa.

Catalina: ¡Siéntate ahí!

César se sienta.

Catalina: ¿El Plan de Ayuda al Suicida trabaja los fines de semana?

César: Ah, pues no sé.

Catalina: Entonces, ¿cómo lo vas a hacer? ¿De forma ilegal?

César: De forma ilegal no mamá. Lo voy a hacer en plan clásico.

Catalina: Tú lo que quieres buscarnos es una ruina.

César: No mamá, yo lo único que quiero es matarme.

Susana: Pero si lo haces fuera de la ley nos vas a meter en un lío.

César: Es que no quiero hacerlo como manda el Estado. Me parece una cosa lo bastante personal como para hacerlo como me de la gana. Además, ¿Conocéis a alguien que se haya acogido al Plan y haya muerto? No, ¿verdad? Todo el mundo acaba drogado hasta las cejas y trabajando en la interbalnearia.

Catalina: ¿Y eso qué tiene de malo?

César: Que si uno se acoge al Plan de Ayuda al Suicida es para que lo ayuden a matarse. De ahí el nombre, Plan de Ayuda al Suicida ¿Qué necesita un suicida? Pues que le ayuden a hacer el nudo de la cuerda, un empujoncito para saltar, un buen veneno... Eso es literalmente Ayuda al Suicida. Las pastillitas y un trabajito no tienen nada que ver con ayudar a un suicida.

Catalina: Lo que quieres hacer está prohibido.

Javier: ¿Has visto lo que le pasó al Ministro de Sanidad? Le reventaron la tapa de los sesos antes de que tocara el suelo.

César: Contigo no hablo, chivato.

Javier: ¡Está en las redes César!

Catalina: Tu hermano tiene razón.

César: Mamá, yo no pienso tirarme de un edificio. Así que no podrán estar apuntándome con un arma.

Catalina: O tú avisas al Estado de lo que vas a hacer o te denuncio a la policía.

César: ¡Ustedes lo que quieren es obligarme a vivir!

Francisco: ¡No! ¡Yo estoy deseando que te mueras! ¡Pero que lo hagas bien! ¡Que no haces nada bien!

César: ¡Ah, y si lo hago como yo quiero está mal! ¡Pues lo voy a hacer a mi manera! ¡Te voy a dar lo que tú quieres papá! ¡Me voy a matar! ¡Pero a mi manera! ¡Me voy a comer esa empanada! ¡¿Puedo?!

7

Catalina, en uno de los pasillos de la casa, descuelga el auricular del teléfono que hay sobre una mesita y marca un número.

Catalina: ¿Policía? Sí... Quiero denunciar a un suicida que no va a acogerse al Plan de Ayuda al Suicida... Sí... Mi hijo... César Morpurgo... César con acento en la e... Morpurgo... Purgo de purgar... Sí, el apellido del padre...

8

En otra casa del barrio de Palermo, César está sentado frente a Rafa, un tipo de su edad, jugando al ajedrez. Este no para de sonreír.

César: No pueden detenerme por algo que he dicho. Aún no he cometido ningún delito.

Rafa: Estás instigando a la rebelión. La has armado gorda. La gente está convocando un suicidio colectivo el sábado en el Liceo Treinta y Tres. Para emularte.

César: Pero si ni siquiera he sido yo el que ha escrito eso en internet.

Rafa: Eso da igual.

César: ¿Sabes que te toca jugar?

Rafa: Sí.

Silencio.

Rafa: Pues ahora te va a pasar lo mismo que a mí.

César: ¿El qué?

Rafa: Que entras en el Plan de Ayuda al Suicida y al final se te quitan las ganas. Mira, yo ahora estoy trabajando, ganando mi dinero y además, las pastillas me tienen todo el día súper a gusto. Lo veo todo como a cierta distancia. Con perspectiva, diría yo. Lo tuyo, ahora mismo, me parece que no tiene ninguna importancia.

César: ¿Y tú por qué querías suicidarte?

Rafa: No sé, ya no lo recuerdo. A ti te pasará lo mismo.

César: ¿El qué?

Rafa: Que acabarás por no recordarlo. Por cierto, ¿por qué lo quieres hacer tú?

César: Me cansé de esta mierda. No quiero vivir más. Rafa, te toca jugar.

Rafa: Ya.

Silencio.

Rafa: Te cansaste de esta mierda... Es tan buena razón como cualquier otra. Pero ya verás como se te olvida en cuanto comiences a medicarte.

César: Eso no va a pasar. Porque yo lo voy a hacer por mi cuenta.

Rafa: ¿Seguro? Como te pillen, en el mejor de los casos, vas a la cárcel. En el peor.

Rafa mima una pistola con su mano. La acerca a la frente de César.

Rafa: ¡Pam! Pero bueno, eso es lo que quieres ¿no?

César: ¿El qué?

Rafa: Morir.

César: Pero no así.

Rafa: ¿Qué diferencia hay?

César: Pues que yo quiero matarme a mí mismo. Si quisiera que me mataran me iría a Afganistán y me pondría a vender biblias al Estado Islámico.

Rafa: Eso está bien.

César: ¿El qué? ¿El chiste?

Rafa por fin mueve una pieza.

Rafa: No, mira; Jaque mate! Iba yo no?

De repente se escucha la voz de un Policía que suena a través de un megáfono. Las ventanas se llenan de luces parpadeantes de los coches de policía.

Voz Policía: ¡César Morpurgo, está usted bajo custodia! ¡Salga con las manos en alto! ¡Va a ser conducido al Plan de Asistencia al Suicida!

Apagón.

Segundo Acto

9

Julio está reunido en su despacho con Armando Aguirre, Subsecretario de Interior. Armando es un hombre en los cincuenta, corpulento y sudoroso. Julio mira al exterior a través de la ventana.

Julio: ¿Está bajo arresto?

Armando: No, bajo arresto no. Ha sido conducido al Plan de Asistencia al Suicida bajo vigilancia. En el Ministerio del Interior hemos sido muy cuidadosos con eso. Si lo tuviéramos bajo arresto podría exigir un abogado, iríamos a juicio y llamaríamos mucho la atención de los medios.

Julio: Sí, mejor así. Que se tranquilice y que todo se calme un poco.

Armando: Eso espero.

Julio: No parece muy convencido.

Armando: La gente se ha entusiasmado con las proclamas de ese profesor de Liceo. Nadie está siguiendo la recomendación que usted hizo de la medicación preventiva. Era una gran idea, pero si no obligamos al pueblo a que tome esa medicación, no va a funcionar.

Julio se sienta tras la mesa de su despacho.

Julio: ¿Obligarlo?

Armando: Sacar una ley. Tratar esto como una epidemia y ofrecer una vacuna. La vacuna serían los antidepresivos.

Julio: ¿Cree que va a ser necesario?

Armando: Hay una gran concentración el sábado en el Liceo donde daba clase César Morpurgo. Me temo que cuando la gente esté allí, toda reunida, pueda hacer una locura.

Julio: ¿Una locura?

Armando: Matarse en grupo. Como acto de protesta. Si esto se convierte en una moda no podremos pararla.

Julio: ¿Cuánto tiempo tardaríamos en sacar la ley adelante?

Armando: Con el apoyo de la oposición podríamos tenerla lista en un mes. Pero es el Ministro de Sanidad el que debería diseñarla. Y estamos sin Ministro de Sanidad.

Julio: Hay que parar toda esta locura. Por favor, acepte usted el cargo y saque esa ley adelante.

Julio le estrecha la mano a Armando.

Armando: Un honor, señor presidente.

10

En el Hospital Maldonado, César espera sentado a que una Funcionaria atienda a otra Suicida. Al lado de César un Policía que lo custodia.

La Funcionaria muestra un cuestionario a la Suicida para que elija el motivo que la ha llevado a esta situación.

Funcionaria: Motivo del suicidio: ¿problemas económicos?

Suicida: No.

Funcionaria: ¿Maltrato en la pareja?

Suicida: No.

Funcionaria: ¿Decepción amorosa?

Suicida: No.

Funcionaria: ¿Es usted anciana?

Suicida: No.

Funcionaria: Entonces, depresión.

Suicida: No, ya le digo, no es por nada en concreto. Me cansé de ir todos los días por las mismas calles, al mismo trabajo, el mismo hombre en casa... Total que me dije, me suicido. Pero no hay ninguna razón concreta ¿No puede escribir "nada" ahí en la ficha?

Funcionaria: No, eso no se puede hacer. Esa razón no está en la lista. Pero lo que me cuenta suena a depresión.

Suicida: ¿Usted cree?

Funcionaria: Totalmente.

Suicida: Ah, pues nunca lo hubiera dicho.

Funcionaria: Es que es un estado en el que uno se instala sin darse cuenta. Y hasta que no viene alguien de fuera y te lo dice, tú como si nada. Pero desde fuera se ve clarísimo, lo suyo es depresión.

Suicida: Pues muchas gracias. No sabía yo que fuera depresiva.

La Funcionaria marca la casilla "Depresión" en el cuestionario.

Funcionaria: ¡Siguiente!

La Suicida se marcha. El Policía tira de César para que se levante. César se levanta y se sienta delante de la Funcionaria. El Policía de pie, a sus espaldas, lo vigila.

Funcionaria: Vaya, si tenemos aquí a todo un líder suicida... Debería darle vergüenza.

César: ¿Perdón?

Funcionaria: Motivo del suicidio: ¿problemas económicos?

César: No.

Funcionaria: ¿Maltrato en la pareja?

César: No.

Funcionaria: ¿Decepción amorosa?

César: No.

Funcionaria: ¿Es usted anciano?

César: ¿Hola?

Funcionaria: Entonces, depresión.

César: Tampoco.

Funcionaria: Seguro que es depresión. Es que la depresión es un estado...

César: Acabo de escuchar lo que le ha dicho la tarada esa, así que por favor no me lo repita.

Policía: Mi mujer se está tomando unas pastillas que nos recomendó ella y está mucho mejor.

Funcionaria: ¿A que ya no se enfada tanto?

Policía: No hay punto de comparación.

Funcionaria: Es que lo que me contabas eran totalmente los rasgos característicos de una bipolar. Una bipolar de manual vamos.

Policía: Pues yo cuando la conocí parecía normal.

Funcionaria: Es que eso puede surgir en cualquier momento. (Mirando a César) Como la depresión.

César: Yo no tengo depresión.

Funcionaria: Sí que tiene.

César: Que no me diagnostique. Que usted es una funcionaria administrativa, no una psicóloga.

Funcionaria: Pues tiene que marcar una de estas razones o no entra dentro del Plan de Ayuda al Suicida.

César: Pero es que yo no quiero entrar.

Funcionaria: Pero sabemos que quiere suicidarse.

César: Sí.

Funcionaria: Pues querrá suicidarse por algún motivo ¿no?

César: Rebeldía.

Funcionaria: Ese no puede ser, no está dentro de la lista.

Policía: Apúntele cualquiera.

César: ¿Cómo?

La Funcionaria marca la casilla de "Mal de amores" en el cuestionario.

Funcionaria: Mal de amores ¡Siguiente!

César: Pero si ni siquiera tengo pareja.

Funcionaria: Sí, ya lo hice.

César: Pero usted no puede hacer esto.

El Policía tira de la chaqueta de César para que se levante.

Funcionaria: Si que puedo. Ya está hecho..

El Policía empuja a César hacia otra sala.

César: ¡Esto es una locura! ¡¿Hay alguien en su sano juicio que me escuche?!

11

En otra dependencia del Hospital Maldonado, una Monitora, una chica en los treinta, habla a una sala llena de suicidas. César es conducido por el Policía hasta uno de los asientos.

Monitora: Hola, bienvenidos. Nos alegra mucho que os hayáis acogido al Plan de Ayuda al Suicida. Os vamos a proporcionar lo que necesitáis cada uno. Por favor, los mayores de setenta que pasen directamente.

Un par de Ancianos se levantan y son conducidos por una Enfermera a otra sala.

Monitora: Decidles adiós que van a pasar a la otra vida.

La Monitora menea su mano a modo de despedida. Los Suicidas hacen lo mismo.

Monitora: ¡Adiós! Ciao, ciao... Eso, muy bien. Y ahora, vosotros los más jóvenes, lo primero que queremos saber es que tipo de problemas os han conducido hasta esta situación para saber si os podemos ayudar. En caso de que preferáis no recibir ayuda, os haremos pasar a la otra vida de manera indolora y ecológica.

Pero primero, dejadme que os cuente algo. Yo también pensé en acabar con mi vida ¿A qué os parece increíble viéndome aquí sonriendo? Mi novio me había dejado y no era capaz de seguir adelante. Hasta que un día entré en el Plan de Ayuda al Suicida y descubrí que la única responsable de lo que me pasaba era yo. Porque yo no estaba trabajando el pensamiento positivo. Todo en mi cabeza era oscuridad. Por eso me abandonó mi novio. Porque vio esa oscuridad. Pero desde que practico el pensamiento positivo, todo ha cambiado en mi vida. Ahora estoy felizmente casada y soy madre de tres hermosos niños.

Por eso, aunque sabemos que estáis aquí porque pensáis que esa es la única solución, nos gustaría tratar de arreglar vuestros problemas. Por ejemplo, ¿quién está deprimido?

Un par de personas levantan la mano.

Monitora: Pues eso no es un problema como para quitarse la vida. Hoy en día la depresión se trata como si fuera un resfriado.

La Monitora saca de un pastillero un par de pastillas rosadas.

Monitora: Tomad estas pastillas. Chupadlas poco a poco y cuando las hayáis acabado hablaréis con un sicólogo especialista en depresiones. Y no lo olvidéis, pensad en positivo ¿Quién está aquí por problemas económicos?

Tres personas levantan la mano.

Monitora: Pues olvidaros de esas preocupaciones. El Estado os puede proporcionar un trabajo remunerado.

La monitora saca unas pastillas violetas de su pastillero.

Monitora: Tened. Tragaos estas pastillas. Son suplementos energizantes. El empleo que os proporcionaremos es físico. Remodelar la interbalnearia. Así que hay que tener el cuerpo bien en forma. Y no lo olvidéis, pensad en positivo. A ver.... ¿Quién está aquí por mal de amores?

El Policía señala a César.

Monitora: Míralo, qué lindo. Pues esta pastilla que te voy a dar es para que se calme tu corazón. Y no te olvides, piensa en positivo.

César: Pero yo no estoy aquí por mal de amores.

Monitora: Ah, ¿no? ¿Entonces por qué estás aquí?

César: Por nada.

Policía: Es César Morpurgo, el líder suicida.

César: Sí, quiero suicidarme. Pero no soy el líder de nada.

Monitora: Vaya, el líder suicida... Alguna razón tendrás para armar la que has armado.

Policía: Mal de amores.

César: No, mal de amores es lo que ha apuntado la funcionaria esa de fuera por que le ha dado la gana. Yo quiero suicidarme como acto de protesta.

Monitora: ¿De protesta contra qué?

César: Contra esas pastillitas y el pensamiento positivo.

Monitora: Uy, no digas eso. Tómate la pastilla.

César: No pienso tomarme ninguna de tus putas pastillas.

Monitora: ¡¿Pero que lenguaje es ese?! ¡Agárralo!

El Policía trata de agarrar a César pero éste empieza a correr por toda la sala.

César: ¡Dejadme. No quiero tomarme esa pastilla y no me podéis obligar! ¡Lo único que queréis es que acabe atontado y sonriendo sin razón!

La Monitora lo agarra por la espalda. César se deshace de ella.

César: ¡Dejadme! ¡Suéltame!

La Monitora grita y cae de forma aparatosa en el suelo.

Monitora: ¡Hijo de puta!

César: ¡No estás pensando en positivo!

Monitora: ¡Ojalá te mueras!

Apagón.

Suenan sirenas de policía.

12

En las grandes pantallas de la Avenida Dieciocho de Julio una Presentadora habla a cámara desde su mostrador.

Presentadora: Y ahora la noticia que está estremeciendo al país. Una protesta liderada por un profesor de Liceo llamado César Morpurgo, que pide a la gente que se suicide bajo el lema: #SuicídateHuyeDelPaís.

Este lema ha calado tan hondo en la juventud que el nuevo spot de la cerveza Pilsen gira en torno a él.

Debemos recordar que desde hace ya cinco meses el suicidio es un delito en nuestro país. Así que lo que lo que ha hecho este profesor, es incitar al crimen a toda una nación.

Según fuentes gubernamentales, César Morpurgo ha sido detenido por agredir a una funcionaria del Estado. Según las mismas fuentes, Morpurgo fingió que se sometía al Plan de Ayuda al Suicida para sabotearlo desde dentro. La fiscalía estudia en estos momentos la posibilidad de querellarse contra Morpurgo.

Damos paso a nuestra corresponsal en las calles de Montevideo.

Por corte aparece en pantalla una Locutora que habla a cámara desde las calles que hay frente al Liceo Treinta y Tres. Está rodeada de una marea humana llena de camisas hawaianas.

Locutora: Increíble lo que está sucediendo en este Liceo donde daba clases César Morpurgo. Es aquí donde desembocan los ríos de gente que colapsan las calles de Montevideo. En este lugar, hoy sábado, los manifestantes esperaban ver el suicidio de Morpurgo como protesta por la actual política del Gobierno. Pero Morpurgo está retenido por la policía. La noticia ha calentado el ánimo de los manifestantes que esperaban la llegada de su líder.

Por corte aparecen en pantalla diferentes entrevistas que la Presentadora hace a Manifestantes. Todos los Manifestantes llevan camisas hawaianas.

Manifestante 1: César Morpurgo ha dado un ejemplo a la nación. Si uno se quiere marchar de este país, ¿por qué no puede hacerlo?

Manifestante 2: Yo no me creo que se hubiera acogido de forma voluntaria al Plan. Por eso agredió a la funcionaria. Intentando huir. Por eso no está aquí hoy. Porque vivimos en un estado represor. Por eso decimos ¡Huye del país suicídate!

Manifestante 3: Yo no me quiero suicidar, pero defiendiendo el derecho de hacerlo. No puede ser un delito. No pueden prohibirnos tener el alma herida.

Por corte aparece en pantalla la Locutora.

Locutora: Desde hace un par de minutos varios manifestantes, con sus camisas hawaianas, se han subido a la azotea del Liceo. Hay dos helicópteros de la policía tratando de impedir los suicidios. Pero la policía no podrá alcanzarlos a todos. Ya he perdido la cuenta de cuanta gente hay en la azotea dispuesta a saltar al vacío ¡Dios! Se han puesto de acuerdo y comienzan una cuenta atrás para saltar... Tres, dos, uno....

13

En la torre ejecutiva, Julio está reunido en su despacho con un Banquero y un ejecutivo de Bayer. El Banquero, un hombre corpulento en los cincuenta, mira a través de la ventana con preocupación. Fuera se escucha el sonido de una manifestación.

Banquero: ¿Yo no sé si se da usted cuenta de la situación que estamos viviendo? Ese profesor de Liceo ha logrado que haya un repunte del suicidio. El pueblo ha vuelto a cortarse las venas en los baños, a tirarse de las azoteas, a envenenarse... Ese maldito #HuyeDelPaisSuicidate se ha convertido en un ridículo canto de libertad. Y un país que se mata no consume, ni paga sus facturas, ni afronta sus hipotecas...¿Y quién va a querer invertir en un país donde la población tiene la esperanza de vida de un mosquito? En un país en que la gente no hace planes de pensiones ni contrata hipotecas. Un país sin futuro. Señor Presidente, haga algo. Y piense que le estoy hablando como un amigo. En cambio mis colegas de la banca hablan de destitución y elecciones adelantadas.

Julio: No tendremos que llegar a eso. Sé que la cosa no anda bien, pero esto ha sido algo puntual. César Morpurgo está detenido. Y le vamos a ofrecer un trato. Si se retracta la fiscalía no presentará cargos. En caso de que no quiera hacerlo, descargaremos todo el peso de la ley sobre él.

Banquero: ¿Y cree que una retractación va a parar todo esto?

Julio: Al menos nos dará tiempo para sacar una ley que obligue a la medicación preventiva. Eso calmará a todo el mundo. Vamos a tratar el suicidio como una epidemia. El antivirus, los antidepresivos. De esta forma podremos obligar a la población a tomarlos y el silencio volverá a reinar en las calles ¿O ustedes se piensan que todo ese vocerío me gusta?

Banquero: ¿Nos asegura que esa ley saldrá adelante? Porque yo si le puedo asegurar una cosa, el país se está yendo al carajo.

Julio: Se lo aseguro. Llevará un poco de tiempo. Primero tiene que pasar por el parlamento y después por el senado.

Ejecutivo: Por eso hemos venido a hablar con usted. No tenemos tanto tiempo.

El Ejecutivo de Bayer, un tipo delgado en los cuarenta, saca un documento de una carpeta y se lo muestra a Julio.

Ejecutivo: Hay una solución más rápida. Ya sabe que nuestra empresa compró hace tiempo Monsanto. Así que ahora somos Bayer-Monsanto, el mayor productor de medicamentos y alimentos transgénicos del planeta. La solución es simple. Sería inocular antidepresivos en todos los alimentos de los que abastecemos al país. En ese documento tiene la lista de los productos Bayer-Monsanto presentes en el mercado.

Julio mira la lista sorprendido.

Julio: Pero eso es una locura, acabaríamos medicados todos.

Banquero: ¿Usted come lo mismo que esa gentuza?

Julio: A veces...

Ejecutivo: Pues se trata de que no coma lo mismo. Aliméntese con carne de importación.

Julio: ¿Y si como algún día algo en la calle?

Ejecutivo: Habría dos tipos de alimentos. A y B. Debe ir a los restaurantes que sólo sirvan A. Claro, habría que exigir desde el Ministerio de Comercio y Alimentación a todos los establecimientos que luzcan un sello en la vidriera con el tipo de comida que venden A ó B. Por supuesto, la B sería infinitamente más barata que la A.

Julio: No, no, no... No me fío. Lo veo complicado... Mejor en el agua. Para todo el que beba de la canilla. Nosotros beberemos agua embotellada.

Banquero: No es mala idea.

Julio: Pero denme un tiempo. Me gustaría sacar la ley adelante. Enténdanlo, vivimos en una democracia. Así no tendríamos que cometer ninguna ilegalidad. Hay que respetar las reglas del congreso.

Banquero: ¿Sabe lo que dijo el cerdo de la legalidad?

Julio: No.

Banquero: Oink, oink... Tiene un mes. Si no saca esa ley adelante de aquí a treinta días, empiece a beber agua embotellada.

Julio está reunido con dos Doctoras y el nuevo Ministro de Sanidad, Armando, en una sala del Torre Ejecutiva delante de un gran pizarra.

Doctor 1: El Ministro nos ha dicho su prisa por encontrar una definición de la epidemia que está asolando el país. Pero no es fácil encontrar un nombre para algo que no estamos seguros que sea una epidemia. Aún no hemos encontrado ningún patógeno en los cuerpos de los suicidas a los que hemos realizado autopsia.

Julio: ¿De qué están hablando Armando?

Armando: De lo que ellos creen. Son dos buenos profesionales.

Julio: No necesitamos dos buenos profesionales. Necesitamos un nombre para una epidemia. Tenemos que parar esto. Un país sin habitantes no es un país, es un desierto. Y nadie quiere un desierto. Sólo los nómadas. Y les aseguro que los que quedemos, después de que pase esta maldita epidemia, seremos nómadas ¿Saben en cuanto se ha reducido la población este fin de semana? Un veintitrés por ciento ¡Un veintitrés por ciento!

Doctora 2: Dios... ¿Qué tipo de epidemia quiere que sea?

Julio: Una que suene terrible. Necesitamos que la gente se de codazos por tomar antidepresivos.

La Doctora 1 lo piensa y comienza a escribir sobre la pizarra.

Doctora 1: Síndrome suicida.

Julio: Lo de síndrome funciona. Pero lo de suicida... Eso ya llevamos un tiempo llamándose.

Doctora 2: Síndrome de la muerte autoimpuesta.

Armando: Demasiado largo.

Doctora 1: Síndrome depresivo.

Julio: Muy evidente.

Doctora 2: Síndrome autoaniquilante.

Julio: Síndrome autoaniquilante. Largo.

Doctora 1: El Síndrome.

Julio: El Síndrome qué...

Doctora 1: El Síndrome y nada más. El Síndrome. Da más miedo. Como si fuera el definitivo.

Julio: Me gusta. El Síndrome.

15

En la cárcel de Punta Rieles, César está sentado en un cubículo tras un cristal. De repente se abre la puerta y entra Ana. Su compañera en Cazabajones. Ana se sienta frente a César. Quedan separados por la vidriera.

Ana: Hola.

César: ¿Qué haces aquí?

Ana: Tenía gamas de verte.

Silencio.

César: ¿Qué tal todo?

Ana: Bien... Habías dado con la solución y no me lo contaste. Unirte a los suicidas y hacer de esto tu bandera para sensibilizar a todo el mundo del problema. Eres muy grande.

César: Exageras.

Ana: Sabes, al tenerte todos los días al lado no podía imaginarme esto.

César: ¿El qué?

Ana: Que fueras un líder de masas.

César: No era mi intención.

Ana: Pues lo haces estupendamente. A mi me encanta ver tu nombre en la prensa.

Silencio.

Ana: Dicen que estás aquí por mal de amores.

César: Eso es lo que apuntó la funcionaria esa que parece un australopithecus porque le dio la gana.

Ana: ¿Y es verdad?

César: No.

Ana: ¿Seguro?

César: Sí.

Ana: Quiero que nos casemos.

César: ¿Cómo?

Ana: Quiero que nos casemos.

César: Ana, podríamos empezar a salir antes. Para saber si encajamos ¿No te parece?

Ana: Eso da igual. Yo lo que quiero es ser tu viuda y montar una fundación con tu nombre.

César: Ana, si nos casamos renuncio a toda esta mierda del suicidio y nos vamos a disfrutar de nuestros cuerpos a casa.

Ana: No, César, no me estás entendiendo. No tiene nada que ver con el sexo. Tú tienes que morir. Ahora todo el país te está mirando.

César: Ana, creo que no tenemos el mismo concepto de matrimonio. Hasta luego.

César se levanta y se marcha.

Ana: ¡Pero César! ¡¿Quién va a cuidar de tu legado?! ¡Lo que estás haciendo es más grande que tú y no te das cuentas!

16

En la Quinta de Suarez, Miguel Olaza, el líder opositor, cena junto a Eva, su esposa, Eva es una mujer delicada e inteligente, en los cuarenta. Julio y Clara tratan de dinamizar la reunión.

Julio: Fue cuando yo me planté delante de su padre y le dije; si usted quiere a un hombre para su hija, a un bruto, podrá encontrarlo en cualquier parte del mundo. Pero si quiere un buen marido, aquí me tiene.

Julio y Clara ríen. Miguel y Clara tratan de seguir sus risas.

Clara: De eso ya hace treinta y cinco años.

Julio: Como pasa el tiempo.

Clara: ¿Y cómo os conocisteis vosotros?

Eva: Lo nuestro no tiene ninguna historia épica detrás. Éramos compañeros de facultad, Derecho. Nos conocimos el primer año y empezamos a salir el segundo.

Miguel: Y desde entonces.

Julio: También está bien ¿Te apetece fumar un puro en el balcón Miguel?

Miguel: Pues...

Clara: No hagas eso Julio.

Julio: ¿El qué?

Clara: Apartaros para hablar de cosas de hombres. Estoy segura de que Eva está al tanto de todo ¿O pensáis relegarnos siempre a confesiones de alcoba?

Julio: Mujeres...

Miguel: Yo creo que Clara tiene razón. De hecho Eva no es sólo mi esposa, es mi asesora en cuestiones de legislativas.

Julio: Como queráis... Lo que está pasando es una epidemia. Vamos a llevar al congreso un proyecto de ley para administrar medicación preventiva de forma obligatoria. Quiero que la apoyes.

Eva: ¿Medicar al conjunto de la nación?

Julio: Sí.

Miguel: Eso es una locura.

Julio: Una locura es lo que está pasando. La población ha vuelto a descender a un ritmo vertiginoso. Si seguimos así en cuatro años no tendremos pueblo que gobernar.

Clara: Y sin pueblo que gobernar no habrá presidente, ni primera dama, ni oposición...

Miguel: Esa no es la cuestión. La cuestión es ir a la raíz del problema. No podemos suministrar antidepresivos a discreción.

Julio: Es una epidemia Miguel.

Eva: ¿Quién la define así?

Julio: El cuerpo médico del Ministerio de Sanidad.

Clara: Encended la tele y mirad lo que está pasando. Si eso no es una epidemia, ¿cómo lo llamaríais?

Eva: Pero primero hay que buscar el virus que la causa.

Julio: El Ministerio de Sanidad no para de hacer autopsias tratando de encontrar el patógeno. Pero ahora mismo hay que parar la hemorragia.

Miguel: ¿Vacunar a toda la población?

Julio: A toda no. Nosotros debemos guardar ciertos privilegios. Tenemos que tener la cabeza clara para manejar todo este asunto.

Eva: ¿Durante cuanto tiempo?

Julio: Hasta que la situación se calme.

Miguel: No, hasta que se encuentre el foco del virus ¿Estáis haciendo una estadística con las razones por las que se quieren matar los que se acogen al Plan de Ayuda al Suicida?

Julio: Ahora sólo estamos recopilando datos. Fue una insistencia de Fabián, el anterior Ministro de Sanidad.

Miguel: Hay que empezar a trabajar con ese banco de datos cuanto antes.

Eva: Para encontrar la solución definitiva.

Julio extiende su mano para que Miguel se la estreche.

Julio: ¿Y mientras sacamos la ley adelante?

Miguel estrecha la mano de Julio.

Miguel: Sí.

Eva: ¿Y qué pensáis hacer con el líder suicida? ¿La fiscalía va a presentar cargos?

Julio: Hemos hablado con su abogado. Le hemos ofrecido un trato. Si se retracta públicamente lo dejaremos volver a su vida. Bajo custodia, claro. Y no podrá cometer suicidio en cinco años. En caso de que no acepte el trato la fiscalía pedirá pena de muerte.

Miguel: ¿Pena de muerte? ¿Pero eso no es lo que él quiere?

Julio: No, es extraño. El quiere matarse. Pero no quiere que lo maten.

17

En la cárcel de Punta Rieles, Alejandro Lezama, un abogado en los cincuenta, habla con César en su celda.

Alejandro: A mi me parece un buen trato.

César: ¿Privarme de mi libertad durante cinco años?

Alejandro: Estarías libre bajo custodia.

César: Mi libertad también consiste en matarme cuando quiera como me de la gana. Cinco años sin poder hacerlo, son cinco años privado de mi libertad.

Alejandro: Están articulando una nueva ley en el parlamento. Las autoridades de salud pública dicen que lo que está pasando es una epidemia. No se trata de la libertad individual, se trata de la salud pública. Es un Síndrome. Va a ser obligatorio medicarse de forma preventiva.

César: Cinco años sin libertad y medicado. Eso es lo que quieren hacer conmigo.

Alejandro: César, por tu bien, acepta el trato. No tenemos caso. Rebeldía y sedición. No sabes la que se ha armado ahí fuera gracias a tus palabras. César, la pena por rebeldía es la muerte.

César: Ni hablar.

Alejandro. He estado leyendo tu expediente ¿Por qué no das una razón para suicidarte?

César: Y la he dado, rebeldía.

Alejandro: Esa razón no está tipificada. Además parece una proclama anarquista.

César: ¿Cómo está tu mujer?

Alejandro: Bien, ¿qué tiene que ver mi mujer con todo esto?

César: Es mi prima. Prefiero hablar de cosas de familia que de tonterías.

Alejandro: Si no me das una razón estipulada no tengo caso.

César: ¿No vas a defenderme?

Alejandro: Claro que sí hombre. Somos familia. Pero necesito buscar algo donde agarrarme. Mira, he venido con un asesor.

Alejandro abre la puerta y hace pasar a Carlos Farullo. Un tipo en los treinta, trajeado, que llega con una carpeta llena de láminas. Carlos le da la mano a César y se sienta delante de él.

Carlos: Carlos Farullo, encantado.

César: César Morpurgo.

Carlos: Ya sé su nombre, se ha hecho usted bastante famoso.

Alejandro: Ves, estás en boca de todos.

Carlos saca una lámina con una especie de mancha y se la muestra a César.

Carlos: ¿Qué ve aquí?

César: Un manchón.

Carlos: No hombre, eso es evidente, pero qué le sugiere.

Alejandro: Tienes que decir cosas como una mariposa, dos negros besándose...

Carlos: No haga eso, interfiere. Está influyendo en el imaginario de su cliente.

César: ¿Pero esto qué es? ¿Qué estáis haciendo?

Alejandro: Carlos es siquiatra. Si determina tu demencia podría sacarte de aquí.

César: ¡¿Pero de qué estás hablando?!

Carlos: Puede ser transitoria. Demencia transitoria.

César: ¡No! ¡Fuera de aquí!

Alejandro: Entiéndelo César, si no me agarro a la demencia no tengo caso.

César: ¡Fuera de aquí los dos! ¡Fuera! ¡Voy a encargarme de mi defensa yo mismo!

18

En las grandes pantallas de la Avenida Dieciocho de Julio tres Locutoras hablan desde su mostrador a cámara.

Locutoras: Lo que los periódicos han denominado, “el juicio del año”, ya tiene fecha. Dentro de una semana comenzará la causa contra César Morpurgo. La fiscalía ha presentado tres acusaciones: rebeldía, sedición e instigación al suicidio. Para sorpresa del juez el acusado, César Morpurgo, ha rehusado tener abogado.

Debido a la importancia del juicio para nuestro país, el Ministerio del Interior retransmitirá el evento a través de sus pantallas.

Por otro lado se ha aprobado la ley de prevención del suicidio. Esta ley obliga a todos los ciudadanos a vacunarse para evitar el Síndrome, la epidemia que está asolando nuestra patria.

Para muchos, César Morpurgo, es el responsable de que esta ley haya salido adelante.

De hecho, los cinco integrantes del Cuarteto de Nos se suicidaron en directo en su último concierto en el Teatro de Verano mientras caía una pancarta con el nombre del suicida más famoso del planeta, César Morpurgo.

Tercer acto

19

En Paysandú, Julio inaugura un campo de maíz de Bayern-Monsanto. Corta la cinta delante de un inmenso cultivo de cereales. Junto a él Clara, la representante de la banca, el Ejecutivo de Bayer-Monsanto y Armando, el Ministro de Sanidad.

Julio: ¡Tengo el orgullo de cortar esta cinta que simbólicamente da comienzo a la relación entre nuestras tierras y los cultivos Bayer-Monsanto!

Suenan aplausos.

Toda la conversación a partir de aquí discurrirá con disimulo pues serán constantes la descargas de flashes de los periodistas.

Banquero: ¿A qué viene esa idea de retransmitir el juicio?

Ejecutivo: Es darle una tribuna a ese loco.

Julio: Para nada, cuando la población mire las pantallas ya estará bajo los efectos de los calmantes.

Armando: La vacuna ya ha alcanzado a un setenta por ciento de la población.

Clara: Por favor, no dejéis de sonreír.

Banquero: ¿Y el otro treinta por ciento?

Armando: Estamos en ello.

Ejecutivo: Debería volver a considerar diluir los medicamentos en la distribución del agua.

Clara: ¿No parece de oro el campo?

Banquero: ¿Cómo?

Clara: Cuando le da el viento al trigo. Lo mueve y parece una sábana de oro.

Banquero: Sí, si que lo parece.

Clara: Pues sonría.

Julio: Ese tipo va a quedar en ridículo en el juicio. Por eso lo retransmitimos.

Armando: Ese día, cuando la gente encienda su pantalla, el cien por cien de la población estará medicada. Se lo prometo.

Julio: Hasta les costará encontrar el botón de encendido.

Banquero: Eso espero. Los inversores extranjeros parece que vuelven a confiar en el Uruguay.

Julio: Pues disfrute, que el campo parece una sábana de oro.

20

Juzgados de lo Penal. Montevideo. El Juez, casi un anciano, mira tras su mesa como el Fiscal se pavonea delante de las cámaras acusando a César. El Fiscal es un tipo en los treinta, dinámico y agresivo.

César lo mira sentado en el rincón de los acusados.

Fiscal: Y no contento con planear saltarse la ley y matarse sin acudir al Plan de Ayuda al Suicida, este señor aquí sentado, aprovecho su posición de poder como docente para influir en las mentes de sus alumnos adolescentes, empujándolos a la muerte.

¿Cómo se puede llamar esto si no un crimen contra la humanidad? César Morpurgo es el responsable de la muerte de al menos seiscientos mil uruguayos ¿No lo pone esto a la altura del peor de los dictadores?

Pido señoría, que la condena sea ejemplar. Y que piense que no tiene a un simple ciudadano antes sus ojos. A quién tiene aquí es a un nuevo dictador al que hemos logrado atrapar.

Por eso le pido que piense en qué haría si pudiera condenar hoy a Adolf Hitler.

El Fiscal se sienta en su rincón. El Juez mira a César.

César: ¿Me toca?

Juez: Sí.

César: Pensaba en llamar al único testigo que tengo, pero soy yo. Así que primero me gustaría actuar como testigo ¿Es posible señoría?

Juez: No le entiendo.

César: Contar desde mi punto de vista lo que pasó. Después haré mi defensa.

Juez: Empiece por favor.

César se levanta y mira el banco vacío de los testigos.

César: César Morpurgo, ¿es cierto que estaba dispuesto a matarse sin acudir al Plan de Ayuda al Suicida?

César se sienta en el banco de los testigos.

César: Sí, creo que estoy en mi derecho.

César se levanta y vuelve a mirar el banquillo libre.

César: ¿Y es cierto que indujo a sus alumnos a practicar ese derecho?

César se sienta en el banco de los testigos.

César: No. Es cierto que traté de influir en mis alumnos. Eso es lo que trata de hacer un profesor. Pero mi intención era que se quedarán con la idea de que tenían que ser libres. Fueron libres para armar todo eso que armaron en las redes. Pero no les pedí que fueran libres para hacer eso.

Siento que haya muerto tanta gente. Pero esa gente ha cometido suicidio de forma libre. Yo no los empujé desde una azotea o les pegué un tiro. Simplemente leyeron las palabras que yo había dicho y que alguien había citado.

Nietzsche nunca habló de una raza superior. Esa fue la interpretación que los nazis hicieron de sus palabras. Así que no se puede acusar a Nietzsche del asesinato de cuatro millones de judíos.

Por otro lado, sí, me quería suicidar solo, a mi manera. Creo que el Estado no es dueño de mi vida. Como tampoco lo soy yo de la vida de nadie.

Creo que una idea tan simple y clara que debe ser verdadera. Mi error fue comentar que iba a cometer un delito.

Pero sí, quería cometer un delito. Porque creo que no puede ser delito lo que quería hacer.

César se acerca al Juez.

César: Ya he acabado como testigo. Voy a comenzar con mi defensa.

Juez: Proceda.

César comienza a dar vueltas por la sala.

César: Le he dado muchas vueltas estos días a como encarar mi defensa. Por más que pensaba en ello no encontraba la forma de hacerlo. Hasta que me di cuenta de una cosa. El nombre, defensa. Por eso nada fluía en mi mente. No es una defensa lo que tenía que hacer ¿Para qué defender lo evidente?

En realidad lo que tenía que hacer era plantear una acusación.

¿Quién ha mirado para otro lado mientras los ciudadanos cometían suicidio? Todos nosotros en primera instancia. Nadie ha querido atender a los uruguayos y preguntarles qué les pasaba para querer acabar con su vida. Nadie se ha acercado a escucharles y tratar de ayudarles. Y menos nuestros gobernantes.

¿Por qué no se han planteado nuestros políticos por qué alguien quiere pegarse un tiro antes que seguir viviendo?

Atribuyen las causas a la falta de trabajo, a problemas de pareja, a depresión... Sí, evidentemente el que se suicida está deprimido ¿Pero quién o qué causa esa depresión?

A eso he estado dándole muchas vueltas en mi celda todos estos días. Debe haber un denominador común. En todos nosotros. En todos los que queremos matarnos. Y de repente pensé en mí ¿A quién le estaba contando todo lo que pensaba? A mí. Estaba solo. Todos los suicidas habíamos acabado solos. Dándole vueltas a lo mismo. A una serie de pensamientos que corren como el ratón y el gato por nuestra mente. Sin solución. Arañando nuestra alma.

Sin nadie con quién compartirlos. Corriendo de un lado para otro para sostener económicamente una vida insostenible. Sin poder compartir nuestros sentimientos. Empujados a sobrevivir en un sistema cada vez más descarnado.

¿Y cual era el síntoma de ese malestar? El suicidio.

Un acto que ahora está prohibido. Es como si el Estado prohibiera estornudar.

¡El sistema nos empuja a la enfermedad y prohíbe que se nos note! ¿No se dan cuenta?

Por eso quiero acusar a nuestra sociedad, con sus gobernantes a la cabeza de homicidio por omisión y asesinato químico.

Porque vosotros que me estáis mirando a través de la pantalla, ya no sois vosotros.

¡Yo acuso al sistema de homicidio y asesinato!

21

Barrio de Palermo. Catalina y Francisco están sentados en el sofá con unas gafas de realidad virtual colocadas. Javier y Susana, sentados en sus

sillones, también miran cada uno a través de sus gafas. Todas estas gafas están conectadas a un mismo cable.

Toda la familia come palomitas con una sonrisa bobalicona y despersonalizada.

En las pantallas se puede ver la cara de César rematando su discurso.

César: ¡Yo acuso al sistema de homicidio y asesinato!

Javier: En el canal cuatro ponen una serie ¿ Nos conectamos?

Susana: Por mí sí.

Francisco: ¿De qué es?

Javier: Fantasía.

Francisco: Venga, nos conectamos.

Todos se conectan al canal cuatro. Suena una música alegre y misteriosa.

Catalina: Voy a hacer más palomitas.

Javier: Genial.

22

Cárcel de Punta Rieles. César está en la celda esperando a ser ejecutado. La puerta de la celda se abre. Entra Julio. La puerta de la celda vuelve a cerrarse.

César: Qué honor. Pensaban que ya venían a ejecutarme y aparece el Presidente de la República Oriental del Uruguay.

Julio: Creo que en veinte minutos vienen a recogerlo ¿Le da miedo?

César: Qué va ¿Sabe por qué? Un reo escribió un libro de autoayuda para encarar el corredor de la muerte. El Estado ha sido tan amable de poner un ejemplar en cada celda.

César le muestra el libro a Julio.

César: Un corredor hacia la luz, se llama. Se refiere al corredor que uno anda hasta la silla esa en que te amarran y te inyectan los productos letales. Al principio entendí el título como corredor de correr. Creía que hablaba de un runner que esprintaba hacia la muerte ¿Tiene gracia no? Hasta pensé que podía convertirse en deporte olímpico. A ver quién llega antes al borde de la azotea. Pero seguro que ustedes lo prohibirían.

Julio: ¿Le ha ayudado leerlo?

César: Por favor no me ofenda. Estaba tratando de ser irónico. Pero parece que la cercanía a la muerte destruye las capas de ironía ¿Qué hace aquí?

Julio: En su discurso habló de una cosa que me llamó la atención, dijo que debe haber un denominador común en todos los casos de suicidas.

César: Sí.

Julio: Hubo alguien que pensaba lo mismo que usted. Una persona muy querida. Le obsesionaba ese denominador común.

César: ¿Y qué creía él?

Julio: No lograba encontrarlo ¿Cuál cree usted que es?

César: Ya lo dije en el juicio. El suicidio es un síntoma de la soledad a la que no está llevando este monstruoso sistema que el que vivimos. Si no comulgas con él te quedas solo, si no ganas dinero te quedas solo, si no triunfas te quedas solo...

La soledad es la enfermedad que nos habéis inoculado. Pero no os importa que estemos solos. Y nos medicáis para que no nos matemos. Pero por debajo de esa sonrisa química la gente sigue estando sola. En una tarde de domingo eterna.

Ya no caerán los cuerpos. Pero retumbará el silencio de un país muerto.

Julio: Todos estamos solos.

César: Sí. Eso es una verdad inapelable.

Julio: Bueno, adiós.

Julio da tres golpes en la puerta de la celda. Esta se abre.

César: Sabe, habrá más gente que no quiera tomarse esa pastilla ¿Qué hará entonces?

23

Azotea de la Torre Ejecutiva. Julio está en la misma azotea de la escena 2. El lugar donde trató de evitar que Fabián se suicidará.

Contrasta el silencio de esta escena con lo ruidosa que fue la anterior que ocurrió en este mismo lugar.

Julio mira la ciudad satisfecho con un botellín de agua en la mano.

Entra Armando en la azotea.

Armando: Presidente. La distribución de agua está funcionando al cien por cien y los medicamentos no afectan a las tuberías.

Julio: Estupendo.

Armando: Presidente, he pensado en la inclusión de todos los sin techo de Montevideo en el Plan de Ayuda al Suicida.

Julio: ¿Hace falta más mano de obra?

Armando: No, tendrían el mismo tratamiento que los mayores de setenta.

Julio: Hágalo.

Armando: De acuerdo.

Julio: Sabe, la última vez que vi a un Ministro de Sanidad en esta azotea se tiró al vacío.

Armando: Esos eran otros tiempos Presidente.

Silencio.

Armando: Señor Presidente... ¿Qué hace?

Julio: Escuche.

Armando: ¿El qué? No oigo nada.

Julio: Exacto. Ni helicópteros. Ni cuerpos cayendo de los edificios. Nada. La gente duerme tranquila preparándose para un nuevo día de trabajo. Escuche, que silencio más hermoso.

Armando: Sí, Presidente.

Armando se marcha tranquilo.

Julio queda solo.

Julio mira la ciudad, después abajo, al vacío que hay delante de él.

Apaga poco a poco.

Fin